

COLECCIÓN TORRE DE PAPEL
AZUL

Una historia de fútbol

José Roberto Torero



DE
R

GRUPO



ENERO

Creo que ese fue el mejor año de mi vida. Y lo gracioso es que comenzó como todos los otros: en enero. A propósito, enero siempre fue mi mes favorito; por el fútbol y, en especial, por las vacaciones. Un día estaba yo en casa pegando figuritas cuando escuché un “¡iiiiiiiiu!”. Era el silbido de Dico, mi mejor amigo, y de esa forma me llamaba para ir a jugar fútbol. Habíamos inventado esa señal porque mi mamá, no sé por qué, prefería que yo estudiara matemáticas a que jugara fútbol. Cuando Dico silbaba, yo saltaba por la ventana de mi cuarto y me iba a jugar. En-

tonces salíamos corriendo para llamar al resto del grupo.

Cada uno de los 11 jugadores de nuestro equipo era muy especial, verdaderos personajes. A propósito (me encanta esta frase), eso me dio una idea. Abajo de los jugadores de nuestro equipo voy a dejar un espacio para que coloques una figurita. O para que hagas un dibujo. O para que no hagas nada.

Primero pasamos por la casa de Aceituna, que era bien gordo y le gustaba jugar de arquero. Siempre aparecía comiendo algo. Ese día fue un sándwich con huevo frito, queso, jamón, lechuga, tocino y tomate. De vez en cuando se le escurría jugo por la mano, pero él de inmediato se pasaba la lengua para no desperdiciar nada.

Después fuimos a la casa de Bala. Tenía ese apodo porque corría muy rápido, como una bala.

Luego llamamos a Espagueti, que era el tipo más alto del equipo. A él le gustaba andar con unas piernas de palo que lo hacían verse más alto.

A continuación nos dirigimos a la estación de policía para buscar a Tom Mix, quien no había sido arrestado, sino que su papá era el jefe de policía de la ciudad. Él

jugaba con cara de malo y era el capitán de nuestro equipo.

Terciopelo era siempre el que más se tardaba en salir. Permanecía horas arreglándose. Lo más impresionante era que incluso después de los partidos, nunca quedaba sucio o desordenado.

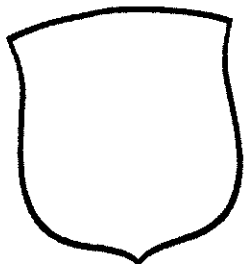
Estaban también Cosme y Damián, unos gemelos que de tan igualitos, siempre se nos confundían.

Luego pasamos a la casa de Arigató, un hijo de japoneses que era el sujeto más educado que haya visto jamás. Por todo decía arigató ("gracias", en japonés), por eso le pusimos ese apodo.

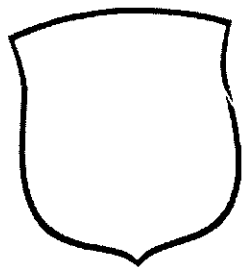
Pata de Cabra era el más peleador de todos. Si le silbábamos dos veces se enfadaba y decía que le rompería los dientes al próximo que lo hiciera.

Y para completar el equipo, estábamos Dico y yo, que me llamo Zuza. Dico era muuuuuuy, pero muuuuuuy buen jugador. Yo era malo, pero muuuuuuy malo. Aunque, me gustaba mucho el fútbol.

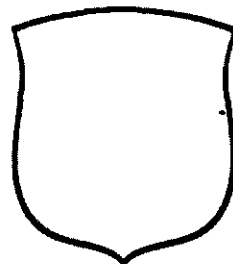
Bueno, en seguida Cosme, Damián, Aceituna, Bala, Arigató, Terciopelo, Tom Mix, Pata de Cabra, Espagueti (con sus patas de palo), Dico y yo, corrimos en dirección a la cancha.



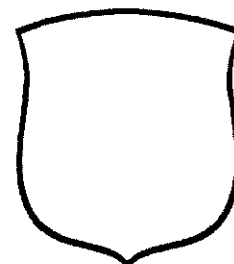
Cosme



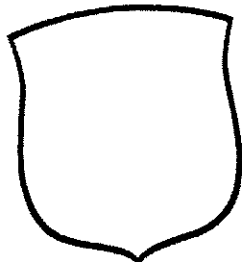
Damian



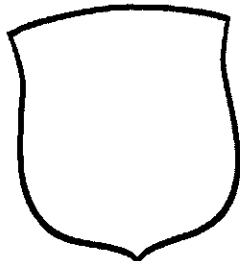
Tom Mix



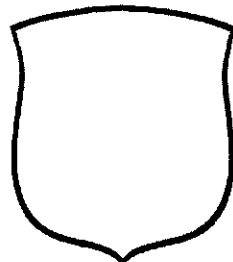
Pata de Cabra



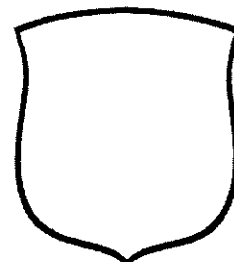
Acetuna



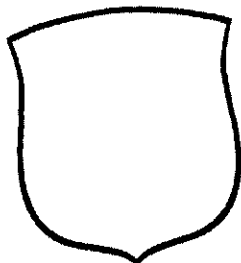
Bala



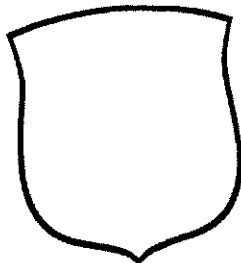
Espagueti



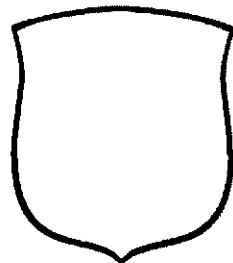
Dico



Arigato



Terciopelo



Zuza



Cuando llegamos, Senira ya estaba allá. Ella era la única chica que yo conocía a la que también le gustaba el fútbol. A veces incluso jugaba con nosotros en el equipo. Dico decía que estaba enamorada de mí, pero yo eso no me lo tomaba en serio.

12 Nos dividimos en dos equipos, con seis por cada lado. Aceituna se colocó en una de las porterías y Senira en la otra. Ellos eligieron a los jugadores.

En esos momentos siempre me ponía un poco nervioso, más aún porque se tataban mucho en escogermé. Senira ganó el sorteo y de inmediato eligió a Dico. Aceituna a Bala. Y así fueron escogiendo a los jugadores hasta que quedamos solamente Arigató y yo. Entonces Dico le dijo a Senira:

—¡Elige a Zuza!

Ella sabía que Arigató era mejor que yo y que Dico solo había dicho eso porque era mi amigo. Aun así, sonrió y dijo:

—Ven, Zuza.

Y yo fui. Porque si hay algo triste es que te elijan último. Después Aceituna llamó a Arigató y él dijo:

—¡Arigató!

Apenas empezó el partido, Dico driblé a dos jugadores y me dio un pase alto.

Yo miré hacia arriba para recibir el balón, pero en ese momento vi un avión y me desconcentré. El balón me golpeó en la cabeza y salió del campo de juego. No le di importancia. Seguí mirando al cielo. A propósito (me encanta esta frase), todos dejaron de jugar y se pusieron a mirar al cielo, donde el Aviator hacía maniobras.

El Aviator era el instructor de pilotos de la ciudad. Lo más entretenido era cuando dibujaba unas palabras con humo. Era nuestro ídolo. Dico y yo siempre decíamos que cuando fuéramos grandes también íbamos a ser aviadores para ponernos a pasear por las nubes de Baurú. A propósito (realmente me encanta esta frase), ¿les había contado que mi ciudad se llama Baurú? Así es. Actualmente existe un sándwich con ese nombre, pero en ese tiempo no.

Bueno, luego de que el avión desapareció de nuestra vista, seguimos con el partido, el que terminó 6 a 2 a favor del equipo de Senira. Dico hizo 5 goles y Pata de Cabra el otro. En el equipo de Aceituna, un gol lo hizo Cosme y el otro fue un autogol mío.

Después del partido, cada uno se fue por su lado. Dico y yo nos disponíamos a

regresar a casa cuando me dijo:

—Zuza, ¿y si vamos a ver al avión del Aviador?

Yo sabía lo que debía decirle: “De ninguna manera, Dico. Mamá me dijo que llegara temprano a casa, no puedo andar por ahí solo, menos sin avisarle”. Pero lo que realmente le dije fue:

—¡Vamos!

Y partimos corriendo al aeródromo.

El aeródromo era un lugar muy entretenido con una pista muy grande, un terreno con césped y unos cuatro hangares, que es el nombre del garaje donde dejan a los aviones. Pasamos por debajo de la cerca y fuimos acercándonos lentamente al hangar del avión del Aviador, el que tenía la puerta abierta. Entramos con mucho cuidado, mirando al suelo para no pisar nada que hiciera ruido.

El avión estaba cubierto, pero se alcanzaban a ver las ruedas. Levantamos un poco la lona y pudimos leer su nombre. Se llamaba Pájaro de Fuego y tenía unas llamas pintadas alrededor de las letras.

—¡Espectacular! —dije yo.

—¡Espectacular! —dijo Dico.

Nosotros dos pensábamos muy parecido, tanto que tuvimos la misma idea: en-

trar a la cabina. Yo ya estaba ayudando a subir a Dico, cuando escuchamos un ruido. Rápidamente nos escondimos debajo del avión. Entonces vimos dos piernas pasando al lado de nosotros. Es decir (esta frase también me gusta mucho), no dos, sino una y media. Una y media, porque era un hombre cojo, con una pierna más corta que la otra. Y cuando caminaba hacía un ruido así: plic-ploc, plic-ploc; el plic era el sonido de la pierna buena y el ploc el de la pierna mala. Nos dio mucho miedo y, para empeorar la situación, se puso a dar vueltas alrededor del avión. No podíamos ni respirar. Ese plic-ploc era el sonido más terrible que jamás había escuchado. Pero realmente lo peor fue cuando dejó de caminar. Dico y yo nos miramos el uno al otro sin saber qué hacer. Notamos que se agachaba lentamente. Cuando quedamos cara a cara, Dico y yo abrimos bien los ojos y gritamos:

—¡Aaaaaahhhh! —exactamente así, con muchas “a” y salimos corriendo. El hombre cojo lanzó una tremenda carcajada, la que hizo que corriéramos aun más rápido.

Dico y yo todavía estábamos recuperándonos del susto cuando doblamos en

la esquina y nos encontramos de frente con Mauriño, un chico al que le decíamos Malniño, porque era una peste.

—Miren nada más los dos tortolitos enamorados —nos dijo. Y yo le respondí:

—Si nosotros somos tortolitos, itú eres un papagayo desplumado!

Sabía que no era una gran respuesta, pero fue la mejor que se me ocurrió en ese momento. Malniño siguió provocándonos:

—¿Por qué no se cogen de la mano?

Y Dico respondió:

—¡Voy a coger esta mano y te la voy a poner en la cara!

—¡Inténtenlo!

Lo intentamos. Y nos ganó. Pero lo peor es que además se llevó nuestro balón.

Para compensar la tristeza por la zurra que nos dieron y por el balón que perdimos, decidimos comer guayabas del árbol de mi vecina. Pero como ese día andábamos con mala suerte, ella nos descubrió. La vecina se llamaba doña María Dolores y tenía muy mal carácter. Tanto es así que su apodo era "Bruja de las Guayabas". Ella nos cogió de una oreja y nos llevó a mi casa y le dijo a mi padre:

—¡Encontré a estos dos chicos de nuevo en mi árbol de guayabas!

—¿De nuevo, doña Dolores? ¡No puede ser!

—Eso digo yo. Así no queda nada para hacer mis dulces.

—No se preocupe, doña Dolores, ahora sí les voy a dar unas buenas palmadas a estos dos.

Ella quedó muy satisfecha con esa frase y se fue. Entonces mi padre nos miró serio y nos dijo con voz ronca:

—¡Ustedes dos, vengan conmigo!

Nos llevó a un cuartito detrás de la casa, donde quedaba su carpintería. Nosotros ya estábamos esperando un buen regaño, pero lo que recibimos fue la sorpresa más grande de esas vacaciones. Mi padre había hecho dos carritos con ruedas, uno para mí y el otro para Dico.

—¿No nos va a regañar? —pregunté.

—¿Ni le va a contar a mi padre? —preguntó Dico.

—Debería, pero no lo voy a hacer —dijo mi padre—. En mi época también robaba muchas guayabas. Pero no demasiadas porque da dolor de estómago.

Éso nos salvó el día. Para celebrar, Dico y yo probamos los carritos con ruedas en las calles de Baurú. No era un avión, pero **éso** lo era.



FEBRERO

“

Todo lo bueno, dura poco”, decía mamá. Y esta frase la puse bien al principio de este capítulo porque en ese mes de febrero las vacaciones terminaron.

El primer día de clases, a pesar de la pereza, Dico y yo estábamos felices porque nos reencontramos con la profesora Rosa. Ella nos parecía la mujer más linda del mundo. Mejor dicho, a partir de ese día, la segunda más linda. Lo que pasó fue que la profesora Rosa presentó a una alumna nueva a la clase:

Chicos, ella es Carmencita. Viene de un país llamado Uruguay y habla un idio-

ma un poco diferente al nuestro, el español. Quiero que todos sean sus amigos y la hagan sentir como si estuviera en casa.

Carmencita era linda. Sus cabellos eran muy rubios y los ojos eran azules. Ella le quitó el primer puesto a la profesora. Todos los chicos de la clase, que eran los jugadores de nuestro equipo y Malniño y su grupo de amigos, quedaron enamorados de Carmencita. Senira fue la única a la que no le agradó mucho.

Pero ese día habría todavía otra novedad: en la hora de la clase de educación física, el profesor Adamastor nos dijo que estaban abiertas las inscripciones para un campeonato de fútbol entre las escuelas de la ciudad.

-Inscribamos a nuestro equipo -le dije de inmediato a Dico.

-Claro que sí -respondió. Pero para nuestra mala suerte, Malniño, que estaba justo detrás de nosotros, escuchó nuestra conversación y dijo:

-Ustedes no tienen ni la más mínima posibilidad de ganar. ¡Ese campeonato es nuestro!

-Eso lo veremos -dijo Dico, con cara de enfadado.

Nuestro grupo quedó cabizbajo. E

equipo de Malniño era muy bueno y tenía jugadores más grandes que nosotros.

Por la tarde, después de clases, Dico y yo reunimos a los jugadores en la cancha de fútbol.

Dico preguntó:

-¿Vamos a competir en ese campeonato o vamos a darnos por vencidos?

Todos se rascaron la cabeza sin saber qué decir. Pero Dico era astuto y preguntó de otra manera:

-¿Vamos a competir en ese campeonato o vamos a darnos por vencidos como unos chiquilines de siete años?

Y todos dijeron al mismo tiempo que sí, que íbamos a participar en el campeonato, que íbamos a ganar y que con nosotros nadie podía. Entonces Tom Mix preguntó:

-¿Y cómo se llamará nuestro equipo?

Eso nos hizo dudar. Cada uno dio una sugerencia.

Aceituna:

Chocolate Sport Club.

Bala:

Demonio Veloz.

Espagueti:

Gremio de Fútbol Patas de Palo.

Arigató:

Club Deportes Tokio.

Pata de Cabra:

-¡Peleones!

Dico:

-Pájaro de Fuego.

Terciopelo:

-Club de Deportes Elegancia.

Cosme:

-Atlético...

Damián:

-Baurense.

No lográbamos decidirnos por ningún nombre, hasta que yo miré la señalización de la calle donde quedaba nuestra cancha: Siete de Septiembre. Entonces dije:

-¿Por qué no le ponemos Siete de Septiembre? Como la calle donde jugamos, y también como el Día de la Proclamación de la República.

-De la Independencia, bobo -dijo Aceituna.

-Da igual... Lo importante es que es un feriado -respondí.

Ese argumento solucionó el problema, porque nos pareció espectacular darle el nombre de un feriado a nuestro equipo.

Entonces llegó Malniño y su grupo con el balón que nos había robado. Nos preguntaron si queríamos jugar un partido contra ellos, para entrenar solamente.

Aceptamos.

En la primera jugada Dico pasó la pelota por entremedio de las piernas de Malniño. Él no aguantó la humillación y le hizo un tacle deslizante por detrás. Dico cayó al suelo y tuvo que salir de la cancha. Después de eso, y como todos se intimidaron (incluso Tom Mix), no logramos hacer ningún pase bien hecho.

Cuando el equipo de Malniño hizo el 7 a 0, terminó el partido y se fueron burlándose de nosotros. Y lo peor fue que Carmencita y Senira lo vieron todo.

Luego de la derrota, a todos nos pareció mejor olvidarnos del campeonato.

Cuando estábamos volviendo a casa, con la cabeza gacha y cojeando, Dico y yo pasamos por el estadio del Club Atlético Baurú, al que todo el mundo le decía solamente BAC. Ahí era donde el señor Dondiño, el papá de Dico, jugaba. El señor Dondiño era delantero, y de los buenos. Como el BAC estaba en esos momentos entrenando, entramos y nos sentamos en las tribunas para mirar un poco. Vimos como el papá de Dico hizo una linda jugada, pero cuando iba a tirar sintió un dolor y salió del entrenamiento. Entonces se acercó a hablar con nosotros a la tribuna

y nos explicó que tenía un problema en la rodilla. El señor Dondiño nos contó que, un día, hace muchos años, estaba probándose en el Atlético Mineiro, un equipo muy importante. Venía jugando muy bien, impresionando al técnico y al presidente del club. Pero un defensa le dio un golpe fuerte en su rodilla y el señor Dondiño tuvo que salir del campo de juego en camilla.

Los médicos le tomaron unas radiografías y comprobaron que tenía rotos unas cosas llamados meniscos. Y lo peor de todo es que el Atlético no quiso quedarse con un jugador lesionado. Después de eso el señor Dondiño nunca más fue el mismo y solamente podía jugar en equipos pequeños, como el BAC. Y cuando salimos de allí, Dico me dijo:

—¿Escuchaste la historia de mi padre?

—Sí —le dije.

—Bueno, por eso quiero ser aviador y no jugador de fútbol.

Cuando Dico me dijo eso, yo tuve la idea de volver al hangar para ver a Pájaro de Fuego. Él aceptó de inmediato. Logramos entrar al hangar y esta vez subimos al Pájaro de Fuego, que estaba sin la lona encima. El avión tenía dos asientos. Yo me

ubiqué en el asiento de adelante y Dico en el de atrás. Nos pusimos a jugar a los pilotos. Yo dije:

—¡Preparado para despegar, capitán Dico!

—Positivo, piloto Zuza.

—¡Entonces vamos ya! —le dije.

Los dos comenzamos a hacer “tu-tu-tu-tu-tu”, que era el ruido de nuestro motor.

—Veo un enemigo al frente, capitán Dico.

—Atáquelo, piloto —respondió Dico. Y entonces hicimos “ta-ta-ta-ta-ta”, que era el sonido de nuestra ametralladora. Después de destruir tres enemigos, yo ya estaba un poco cansado de ese juego, y le dije a Dico:

—Creo que ahora quiero jugar fútbol.

—Yo también, pero nuestro balón se lo quedó Malniño.

Estuvimos un momento en silencio, cuando oímos una voz bien ronca que decía:

—¿Ya aterrizaron o van a destruir a algún otro enemigo?

¡Era el mecánico cojo! Debió haber estado mirándonos desde hacía mucho tiempo. Saltamos de inmediato y salimos

corriendo. Él incluso hizo un ruido así: ta-ta-ta-ta, como si nos estuviera disparando. Escapamos tan rápido que creo que ni un avión nos alcanzaría.

26

Era casi de noche cuando llegué a casa, y todavía tenía que hacer las tareas (que siempre dejaba para después). Era un cuestionario sobre mi familia. Al momento de escribir el nombre de mamá fue fácil: María. Pero me quedó la duda de cómo se escribía el de papá: Isósceles es un nombre complicado. Me arriesgué y le pregunté a papá si estaba bien escrito. Él miró mi ejercicio durante largo rato y dijo que sí.

Pero al día siguiente, cuando le entregué el cuestionario a la profesora Rosa, ella me corrigió diciendo que había escrito Izósceles y que lo correcto era Isósceles. No entendí: si estaba mal escrito, ¿por qué papá no me lo dijo?

Ese día Dico había tenido la idea de pasar frente a la casa de Carmencita. Y encontrarse con ella sin querer; es decir, a propósito. Estuvimos yendo y viniendo por su vereda, hasta que finalmente salió.

—Hola, Carmencita —le dijimos al mismo tiempo.

—Hola —respondió.

—Qué coincidencia que nos encuentre-

mos aquí —dijo Dico.

—Íbamos pasando por casualidad —le dije, fingiendo.

—Casualmente siempre pasamos por aquí —agregó Dico.

Íbamos a sortearnos quién le llevaba sus cuadernos, pero ella fue muy simpática y dejó que cada uno llevara la mitad.

27

Después de clase, Dico, yo y el resto del equipo nos reunimos en el campo de juego, pero no hubo partido porque no teníamos balón. Estábamos todos un poco desanimados hasta que, para nuestra sorpresa, Senira apareció diciendo que éramos un montón de cobardes.

—Yo no soy cobarde —dijo Pata de Cabra.

—Yo tampoco —dijo Aceituna.

—Nosotros tampoco —chillaron Cosme y Damián.

—Entonces tienen que participar en ese campeonato sea como sea, aunque pierdan. Porque el que es realmente valiente juega hasta cuando la victoria es difícil —dijo Senira.

En ese minuto todos comenzaron a decir que eran valientes. A propósito (hace tiempo que no utilizaba estas palabras), cada uno empezó a decir que era el más

valiente del grupo, lo que provocó problemas. Primero nos gritamos, después nos empujamos unos con otros y nos pusimos a pelear en serio. Fue una pelea tremenda, porque cada uno peleaba con todos, y así se hacía difícil que alguien ganara.

De repente, sin que yo lo notara, apareció en la cancha el mecánico del avión, me detuvo. Pensé que estaba perdido. Entonces metió la mano dentro de una bolsa. Creí que iba a sacar una palmeta para golpearme por lo del avión, pero lo que apareció fue una pelota nueva. Dijo que debíamos comenzar a entrenar en vez de pelear, para obtener buenos resultados en el campeonato.

Después lanzó el balón a la mitad de la cancha y nosotros corrimos a buscarlo. Así todos empezamos a entrenar y volvimos a ser amigos. Cuando llegué a casa, quería hablar con papá sobre el campeonato, pero sucedió algo muy extraño. Por primera vez en la vida me fui a dormir sin que él hubiera llegado. Noté que mamá había quedado muy preocupada y que algo andaba mal.



MARZO

Ese mes seguimos con nuestra rutina de ir a la escuela, jugar fútbol y pasar “casualmente” por enfrente de la casa de Carmencita. Solo que ahí competíamos con Dico para ver quién se lucía más delante de ella.

Yo le dije que mi portugués era muy bueno y que si ella quería podía darle unas clases particulares. Dico decía que era muy buen jugador de fútbol y que podía enseñarle a driblear. Yo estaba seguro de que ella estaba enamorada de mí. Dico no tenía dudas de que estaba enamorada de él.

En marzo también sucedió una cosa muy mala. Yo estaba en casa de Dico y oí a mi mamá que le decía a su mamá, doña Celeste, que creía que mi papá estaba haciendo algo malo, porque todos los días llegaba tarde a casa.

30

—¿Qué podrá ser, María? —le preguntó doña Celeste.

—No lo sé. Pero él ni siquiera quiere hablar del asunto. Ya le pregunté por qué estaba llegando a esas horas y me dijo que eran cosas suyas y que no iba a hablar del asunto porque le daba vergüenza —dijo.

—Eso es muy extraño... mi compadre Isósceles no hace esas cosas.

—No hacía, Celeste, no hacía... —respondió. Entonces mamá puso su cabeza en el hombro de doña Celeste y comenzó a llorar.



ABRIL

El primero de abril se conoce en Brasil como el día de la mentira, pero para nosotros fue el día de la verdad: cuando jugamos el primer partido del campeonato. Nuestro rival era Gigantes de Curacá. Y ese equipo merecía el nombre, porque estaba formado por 11 grandulones.

No pudo empezar peor el partido. Parecía que Dico se enfrentaba a 20 jugadores, porque nadie de nuestro equipo lograba hacer paredes con él. Por lo menos Aceituna atajaba todo y el primer tiempo terminó 0 a 0.

En el descanso estábamos seguros de

que la derrota era una cuestión de tiempo, porque nuestro equipo estaba jugando muy mal. Todos corríamos detrás de la pelota y parecíamos perdidos en la cancha. Si los Gigantes hubiesen sido un poco mejores, ya nos habrían ganado. Peor aun, ese campeonato era tipo mata-mata, o sea que el que perdía un partido, quedaba eliminado.

Pero cuando estábamos discutiendo (es decir, gritando unos con otros) para ver qué podíamos hacer en el segundo tiempo, escuchamos un plic-ploc, plic-ploc. Era el mecánico cojo del avión:

—Chicos, me llamo Landao. ¿Les puedo ayudar en algo?

—Claro, diga nada más, don Landao —respondió Dico.

Y don Landao empezó a decirnos cosas como si entendiera mucho de fútbol:

—Chicos, pongan atención: Espaguetti, que es muy alto, debería jugar de defensa y no de atacante. Cosme tiene que salir de la punta derecha y Damián de la punta izquierda. Como ustedes son muy unidos, harán una excelente dupla en el medio-campo. Bala, que es muy rápido, va a jugar de lateral derecho para que pueda correr a atacar y a defender. Tom Mix jugará

justo al medio de la defensa y Terciopelo va a quedar de lateral izquierdo. Arigató saldrá de la defensa y jugará en la punta derecha. Pata de Cabra, que es rudo, va a ser nuestro delantero. Y Dico será medio-campista, el maestro del equipo.

Don Landao se estaba olvidando de mí, pero entonces vio que faltaba alguien en la punta izquierda y me mandó para allá. Parecía mentira, pero con esos cambios el equipo comenzó a jugar mucho mejor. Tanto es así que ganamos 3 a 0. Yo no hice ningún gol, pero eso no tenía importancia.

Al día siguiente, después de la escuela, ya estábamos en la cancha y don Landao también. Ahora él era nuestro director técnico. Cuando terminó el entrenamiento no me aguanté y le pregunté:

—Don Landao, ¿usted por qué tiene las piernas de diferente tamaño?

Todos queríamos saberlo, pero nadie se había atrevido a preguntarle.

Él se sentó en una banca, se rascó la pierna mala y empezó a hablar:

—Esto fue hace mucho tiempo, chicos. Yo jugaba en un equipo muy bueno, el Alborada de Pirassununga, pero un día un jugador muy malintencionado me dio un golpe bien fuerte en la pierna y me la

quebró. Para peor, los médicos cometieron muchos errores y al final una pierna quedó más corta que la otra.

—Oooohhh... —dijimos todos.

34 Pero don Landao era un tipo de buen carácter y dijo que eso no era un problema para él, tanto es así que él mismo hacía bromas sobre su pierna.

—Incluso me puse apodos —dijo.

—¿Cuáles? —le preguntamos.

—Punto y Coma, uno en la calle y el otro en la vereda. Y también Mentira —nos dijo.

—¿Por qué Mentira? —quiso saber Tom Mix.

—Porque las mentiras tienen las patas cortas —respondió don Landao.

Nosotros contuvimos la risa un poco, pero en seguida todos comenzamos a reír, incluso don Landao. Entonces aplaudió y dijo:

—Basta por hoy, chicos. Ahora quiero que todos vayan a hacer sus deberes.

Cada uno se fue por su lado, pero antes que Dico y yo saliéramos, don Landao nos dijo:

—Ustedes esperen. Tengo una cuenta pendiente con los dos.

Don Landao hizo que lo siguiéramos

hasta el hangar de Pájaro de Fuego.

—Pueden entrar —nos dijo—. Pero los quiero a los dos en el asiento de atrás.

35 Saltamos de inmediato hacia dentro del avión. Pero lo mejor aún estaba por suceder. Es que después de un tiempo apareció el Aviador y se sentó adelante. No dijo nada, solo nos pasó un par de gafas. Parecíamos dos moscas gigantes. Entonces don Landao mandó a que nos ajustáramos los cinturones de seguridad, y el avión despegó. Dico y yo volamos por primera vez en la vida. Fue solo una vuelta, pero fue mucho mejor que los carritos con ruedas.



MAYO

Una noche, cuando estaba soñando con Carmencita, desperté con unos gritos. Eran papá y mamá que tenían una discusión como nunca antes.

–¿Dónde estabas? –preguntó ella.

–No puedo contarte –respondió él.

–Estabas con otra mujer –gritó ella.

–Más o menos... –dijo él en voz baja.

–¿De qué se trata esto, Isósceles?! –gritó ella.

–Algún día te lo explicaré, María. Pero ahora no porque Zuza puede escuchar –murmuró.

Era demasiado tarde. Ya lo había escu-

chado todo. Aunque no había entendido nada.

Al día siguiente, se lo conté a Dico. Y a él se le ocurrió una excelente idea:

—Sigamos a tu papá.

—¿Seguir a papá? —le pregunté.

—Sí. ¿No quieres saber qué es lo que está sucediendo?

—Así es.

—¡Entonces, yo me quedaré afuera de tu casa y cuando él salga silbaré! Luego saltas por la ventana y lo seguimos.

El plan de Dico funcionó perfectamente. Papá salió de casa y nosotros comenzamos a seguirlo. Permanecíamos siempre a una cuadra de distancia y nos escondíamos detrás de los árboles, de los autos y de las cercas. Durante 20 minutos lo seguimos. Hasta que sucedió lo que no esperaba: papá entró a la casa de la profesora Rosa!

Dico no dijo nada. Solo abrió bien los ojos y la boca, lo que quería decir: “¡No lo puedo creer!”. Yo bajé la cabeza y me puse a mirar el suelo, lo que quería decir: “Pero es verdad”. Lo peor fue cuando rodeamos la casa y vimos que la profesora le cogía la mano a papá. Mamá tenía razón, papá tenía otra mujer. Después de ese día me

costó mucho mirar a la cara a la profesora y ni ponía atención en clases.



JUNIO

El segundo partido del campeonato fue contra Millonarios Sport Club, el equipo de la escuela más cara de la ciudad. Los jugadores eran todos bien blanquitos, tenían las mejores camisetas y los mejores zapatos deportivos. Lo mejor en todo. Pero jugaban muy mal. No intentaban quitarnos el balón para no ensuciar los botines, no iban a luchar los balones divididos para no arrugar la ropa y ni siquiera corrían mucho para no transpirar la camiseta. Fue una goleada. Les ganamos por 12 a 0. Dico, él solo, hizo 7 goles. Pata de Cabra hizo 3, Cosme y Damián

hicieron 1 gol cada uno. Yo no hice ninguno, pero sí hice un tiro que pasó cerca.

Esa fue la parte buena del mes. La parte mala es que mis papás continuaron discutiendo. Tuve ganas de decirle a mamá que papá estaba yendo a la casa de la profesora Rosa. Pero me quedé callado.



JULIO

No sé si ya les dije que estábamos en 1950. De cualquier modo, si no lo hice, lo hago ahora: estábamos en 1950. Ese año se organizó la Copa Mundial de Fútbol aquí en Brasil. El 16 de julio se jugó la final entre Brasil y Uruguay, en pleno Estadio Maracaná.

Todo el mundo decía que íbamos a ganar fácil, fácil. Y lo mejor es que solo necesitábamos un empate para ser campeones. Estábamos muy seguros de que la fiesta ya estaba preparada. Allá en Baurú las familias instalaron mesas en medio de la calle y pusieron muchas golosinas so-

bre ellas. Después de la victoria íbamos a tener un tremendo banquete. Y para mí sería una fiesta doble, porque tenía planeado pedirle a Carmencita que fuera mi novia. Yo le había cargado no sé cuántos libros, le había ayudado en los exámenes no sé cuántas veces, le había pagado no sé cuántos helados y le había escrito no sé cuántos versos. Es decir, eso sí lo sabía. Eran siete versitos que decían así:

*No se puede negar,
es usted la más bella del mundo,
y también de toda la escuela.
Si usted llega a aceptar
ser mi novia por un segundo,
para siempre le voy a dar
helado, cariño y ayuda.*

Era un poema bien insignificante, pero fue lo máximo que logré hacer. Incluso me quedé pensando en si era peor jugador de fútbol o poeta. Creo que empaté. En ese tiempo aún no había televisión, por eso escuchábamos los partidos por la radio. El señor Dondiño incluso se había comprado un aparato nuevo para la Copa. Me fui a la casa de Dico a oír la transmisión, porque en la mía las discusiones continuaban.

En el primer tiempo todos estábamos optimistas, solamente esperando el primer gol. Pero no lo hicieron tan pronto. Y no lo hacían, no lo hacían, y no lo hicieron. En el entretiempo doña Celeste nos sirvió palomitas de maíz, pero estaban todos tan nerviosos que nadie comió. Cuando empezó el segundo tiempo, el señor Dondiño se refregaba las manos, Dico se rascaba la cabeza, Doña Celeste rezaba y yo me comía las uñas.

Pero al poco tiempo, Brasil hizo el 1 a 0. Fue una enorme alegría y todos se abrazaron. Doña Celeste me apretó tanto que llegué a toser. Después de eso Uruguay comenzó a atacar y no tardaron mucho en conseguir el empate. De ahí en adelante fue terrible. Cada ataque de los uruguayos era desesperante, porque teníamos muchos deseos de ganar esa Copa. Parecía que si Brasil vencía, todo iba a salir bien y seríamos el país más poderoso del mundo.

A pesar del nerviosismo, el empate nos daba el título. Y yo no podía parar de pensar en esas mesas llenas de comida en medio de la calle. Pero entonces, cuando faltaban unos diez minutos para que terminara el partido, ellos hicieron el 2 a 1. Brasil intentó hacer otro gol, pero no lo

consiguió. La gente colocó unas sábanas sobre las mesas. Nadie comió nada. Parecía que alguien había muerto. Ni siquiera el señor Dondiño pudo aguantar las lágrimas.

46

Dico le preguntó:

—¿Por que está llorando, papá?

—Porque tenía muchos deseos de ganar esa Copa, hijo —respondió.

—Algún día yo le voy a ganar una —dijo Dico.

Y cuando él dijo eso, el señor Dondiño lloró aún más y nos apretó con mucha fuerza. Y volví a toser. El gran héroe de ese partido fue un uruguayo llamado Obdulio Varela. Dico y yo prometimos que nunca olvidaríamos ese nombre.

Después de algún tiempo, fuimos a dar una vuelta por la ciudad. Las calles estaban desiertas. Andábamos cabizbajos, pateando latas, sin saber para dónde ir. Pero, por una gran coincidencia (tal vez con cierta ayuda nuestra), fuimos a dar justo a la calle de Carmencita.

Entonces me dije a mí mismo: “Perdimos la Copa, pero si Carmencita acepta ser mi novia, quedamos 1 a 1. Una tristeza y una alegría”. Metí mi mano al bolsillo para ver si todavía tenía la poesía. Y sí.

Cuando le leyera la poesía, Carmencita quedaría enamorada. Iba a ser un gol de bicicleta.

Mientras más nos acercábamos a la casa de Carmencita, más rápido latía mi corazón. Pero en ese momento vimos una cosa tan triste como el segundo gol de Uruguay: Carmencita estaba conversando en el portón con nuestro peor enemigo: Malniño. Y se reía mucho. Nos pusimos de lado, medio escondidos, esperando que él se fuera. Solo después de que se había ido nos dirigimos a hablar con Carmencita. Yo le dije:

47

—¿Carmencita, sabes quién es ese chico?

—Por cierto, es Maurito —respondió en español.

—¡Pues ese Maurito es muy malo! —dijo Dico, repitiendo el nombre en su idioma.

—Muy malo —repetí yo, para reforzar la idea.

—Somos novios —dijo ella, después suspiró, miró a la luna y dijo—. Mauricio es un guerrero como Obdulio Varela...

Yo miré a Dico, él a mí y nos fuimos. Dos derrotas en un mismo día era demasiado.



AGOSTO

El tercer partido del campeonato fue una dura batalla contra los chicos de la Escuela Militar. El uniforme de ellos era medio verde, medio marrón, parecía un camuflaje. Entraron al campo de juego marchando. Los jugadores obedecían en todo lo que el entrenador les ordenaba. Tuvimos suerte porque ellos siempre hacían jugadas obvias en ataque, así que lográbamos defendernos sin problemas. Por otro lado, la defensa de ellos era muy buena y marcaban a Dico de cerca. En el entretiempo, don Landao nos dijo:

—Chicos, el equipo de ellos es muy equi-

librado y organizado. Para desequilibrarlos y desorganizarlos, ¿qué necesitamos?

Ninguno de nosotros sabía qué responder. Pero Senira, que estaba al lado de don Landao, dijo:

—¡“Creatividad”! Tenemos que hacer lo que ellos no esperan. Tenemos que driblear, inventar!

—¡Exactamente! —dijo don Landao—. Creo que si Senira quisiera podría ser una excelente entrenadora.

En el segundo tiempo, el equipo corrió más, de un lado a otro, driblando mucho y haciendo lo que ellos no esperaban. Dico, que siempre jugaba en el ataque, pasó al mediocampo. Ese día no hizo ningún gol, pero dio unos pases sensacionales. Ganamos 3 a 1, con tantos de Arigató, Bala y Pata de Cabra. Yo también hice uno, en contra. Eso sucede cuando cabeceas con los ojos cerrados.



SEPTIEMBRE

Hay cosas horribles de ver. Por ejemplo, tu balón cayéndose en la casa del vecino, a tus padres discutiendo, un balón pinchado, a alguien sacando el último pedazo de pastel, la pelota entrando en tu portería. Pero ese septiembre vi una cosa aun más terrible: a Malniño y a Carmencita cogidos de la mano.

Obviamente ya no me gustaba esa chica. Es decir, yo la odiaba con todas mis fuerzas (a no ser que ella quisiera ser mi novia, claro). Pero incluso así era desagradable verla sonreír con Malniño y decirle en español: “Mi Obdulio querido...”.

Biblioteca Viva
BIBLIOTECA VIVA
BIBLIOTECA VIVA

El equipo de Malniño también estaba clasificado para la próxima fase del campeonato y él era el novio de la chica más bonita del mundo. Pero no se conformaba con eso. Quería más. Un día, en el recreo, yo estaba conversando con Senira sobre tácticas de fútbol (quiero decir: ella hablaba y yo escuchaba), Malniño se nos acercó y dijo:

—¿Sabes en qué estaba pensando, Senira?

—¿Pensando? Uy, no sabía que pensaras —dijo Senira, que era muy buena para contestar. Malniño ni le dio importancia a la ironía y siguió:

—Estaba pensando en que yo debería tener dos novias. ¿Los equipos no tienen jugadores titulares y reservas? Yo también quiero tener una novia para los días en que la titular no esté jugando bien. Y la suerte tuya es que te escogí para que seas mi reserva.

Senira se puso de muchos colores: blanca de susto, roja de rabia, verde de odio. Y respondió:

—¡De verdad si eres un bobo, Malniño! ¡Crees que a mí me podría gustar alguien como tú!

Entonces me miró y dijo:

—Realmente los chicos son muy bobos. Y se fue de ahí rápidamente.

Malniño se quedó observando mientras se iba y vio que Senira iba en dirección a Carmencita.

—¿Se lo irá a contar todo? —me preguntó.

Yo pensé: “Espero que sí”, pero dije:

—Qué sé yo.

Las dos se quedaron conversando por un tiempo, y Carmencita miraba a Malniño y luego a Senira. Después puso mala cara y comenzó a caminar con pasos firmes hacia donde estábamos Malniño y yo.

Yo pensaba en que le iba a dar una bofetada y le diría que quien le gustaba era yo. Ya me parecía incluso estarla escuchando decir: “Sussa (ella no podía pronunciar la z en portugués, que es como el sonido de las abejas), querido, no quiero saber más de Maurito. Tú eres mucho más simpático que él, aunque juegues en la punta izquierda y mal”. Pero no fue lo que ocurrió, cuando llegó, nos miró y dijo:

—¿Sabes lo que Senira me dijo, Maurito? ¡Que tú querías que ella fuera tu novia reserva!

—¡Yo!? —dijo Maurito (quiero decir,

Malniño), con un descaro tremendo. Y continuó—. ¡Figúrate... qué mentira! Solo vine acá para preguntarle qué podía darte de regalo.

—¿Quién está diciendo la verdad, Susa? —me preguntó.

54

Eso me hizo dudar. Si le decía que era Malniño, Senira se iba a enfadar conmigo. Si le decía que Senira, Malniño me iba a dar una golpiza. Ahí pensé, pensé y tomé una decisión. Cerré los ojos con fuerza, porque ya estaba esperando que me agradiera y dije:

—Senira dijo la verdad.

Escuché un “paf”, pero no fue la mano de Malniño en mi cabeza, sino el pie de Carmencita en la canilla de Malniño. Cuando abrí los ojos, vi que él estaba saltando en un pie. “Zuza, ya te voy a agarrar”, me dijo, pero yo me reí un poco y me fui a clases.

Una noche, después de otra discusión entre papá y mamá, oí que él decía:

—¿Quieres saber toda la verdad?

—¡Sí! —contestó mamá.

—¡Entonces te la voy a contar!

Abrí la puerta de mi cuarto un poquito, asomé la cabeza y preparé mis oídos. Pensé en que iba a oír una terrible revelación,

pero lo que escuché fue:

—¿Le da curiosidad, don Zuza? —me dijo mi papá.

Tuve que pensar bien rápido para darle una buena disculpa a papá, pero creo que lo logré. Le dije:

—Es que se me salió un pun tan fuerte que no puedo respirar aquí adentro, por eso saqué la cabeza.

Me di cuenta de que papá estaba haciendo un esfuerzo para no reírse. Lo logró y me dijo:

—Quédese en su cuarto y no salga de allí. Aunque el próximo pun sea todavía peor.

Cerré la puerta rápidamente y me fui a acostar. Lo malo es que los dos se fueron a conversar al jardín trasero y no logré entender nada. Pero me dio la impresión de haber escuchado un lloriqueo y a mamá que decía:

—Isósceles, deberías habérmelo contado antes...

Después de esa conversación él siguió saliendo de noche, pero ellos nunca más discutieron.

Unos días después de ese puntapié en las canillas a Malniño, yo estaba aprovechando el recreo para comerme un pane-

55

cillo con relleno de guayaba (que mamá le compró a la Bruja de las Guayabas), cuando Carmencita se acercó a la banca donde yo estaba. Se sentó a mi lado, inclinó su cabeza de una manera muy encantadora, me miró directamente a los ojos y dijo:

56

—¿Sussa, cha (tampoco podía hacer la y, que en portugués es más suave), te han dicho que eres muy guapo?

—Mi mamá —le respondí sinceramente después de hacer memoria.

No sé por qué, pero a ella eso le pareció muy gracioso y, después de reírse mucho, dijo:

—Sussa, itú sí que no tienes remedio! —Y colocó su mano sobre la mía.

Sentí que mi brazo ardía en fuego. Si yo fuera un dibujo, mis ojos se pondrían muy grandes y se me saldrían de la cara, mi lengua se estiraría y se enrollaría, me saldría humo por las orejas y mi corbata daría vueltas en el cuello.

Como no lo soy, lo que sucedió fue que no sabía qué decir ni hacia dónde mirar. Decidí hacer como si no estuviera sucediendo nada (lo que, a propósito, era muy difícil, porque para mí estaba sucediendo de todo) y miré las nubes, mi zapato, mi panecillo relleno con dulce de guayaba y

la cara de Malniño.

“¿Malniño?!”, pensé para mis adentros. Recién ahí noté que él estaba mirándonos. Y parecía que lo había estado haciendo desde hacía un buen tiempo. Si él fuera un dibujo, le estarían saliendo rayos de sus ojos. Carmencita vio que yo había visto que Malniño nos veía y dijo:

57

—No lo tomes en cuenta. Maurito es un bobo.

—Parece que no le está gustando que tu mano esté sobre la mía —dije.

—Es su problema. Quién lo mandó a querer ser novio de Senira.

Entonces entendí lo que estaba sucediendo. Carmencita quería vengarse de Malniño. Pensé en varias cosas que podía hacer en ese momento:

a) Dejar todo como estaba y aprovechar su mano sobre la mía.

b) Salir de ahí diciendo que yo no era un premio de consuelo.

c) Darme vuelta y seguir comiendo mi panecillo.

d) Decirle que si estaba haciendo eso era porque todavía estaba enamorada de Malniño y que por lo mismo deberían volver a ser novios.

Pero no hice nada de eso. En el momen-

to improvisé una alternativa "e" y dije:

—Si de verdad quieres darle celos a Mauricio, deberías darme un beso.

Ella me miró con cara de espanto. A propósito (miren mis palabras), yo también quedé espantado con mi respuesta, porque no suelo ser tan audaz. Carmencita permaneció un tiempo sin saber qué hacer, pero ahí acercó su boca lentamente a mi cara. Pero antes de que sus labios tocaran mi mejilla, Malniño corrió en nuestra dirección y me dio un tremendo puñetazo en el brazo.

Pensé en que Carmencita le iba a decir de todo y malas palabras a Malniño, pero lo que hizo fue quedarse de pie delante de él, suspirar y decir:

—Mi Obdulio Varela...

Luego se dieron la mano y salieron a hurtadillas. Ahí quedé yo, con el brazo morado y el corazón destrozado, sin saber qué dolía más. En eso llegó Senira.

—¿Viste lo que sucedió? —le pregunté.

—Sí —me respondió.

—Casi besé a Carmencita —dije mientras me masajeaba el brazo.

—¿Te duele? —me preguntó.

—¡Sí!

—¡Qué bueno!

Después de decirme eso me dio un puntapié fortísimo en la canilla. Yo esperaba un poco de solidaridad y me golpean de nuevo, entonces me puse a saltar en un pie.



OCTUBRE

El cuarto partido fue contra el Quince de Noviembre, un equipo que era igual al nuestro: tenía un portero gordito como Aceituna (Sandía), un defensa grandote como Espagueti (que apodaban Tripa), dos gemelos como Cosme y Damián (pero que se llamaban Castor y Pólux), un lateral que corría como Bala (Cohete) y así por delante. Tenían incluso un puntero izquierdo que se perdía tantos goles como yo. Y el mejor jugador de ellos era un chico muy parecido a Dico, que se llamaba Dito. El equipo que ganaba el partido, pasaba a la final del campeonato.

El partido —como era de esperar— fue equilibrado hasta el final. Empatamos a dos goles y pasamos a los penales. ¡Eso fue terrible! Y yo, claro, no fui uno de los cinco jugadores escogidos para lanzar, así que me quedé afuera solamente alentando.

Entonces comenzó la definición: Cosme tiró elevado; Pólux desviado: 0 a 0. Pata de Cabra le dio un puntete y marcó; Toro Loco casi rompió la red: 1 a 1. Tom Mix lo colocó en el rincón con categoría: Roy Rogers engañó al portero: 2 a 2. Bala tiró a media altura y Sandía atajó el balón; Cohete intentó darle al ángulo y Aceituna logró sacarlo: 2 a 2. Faltaba un penal para el Quince de Noviembre y otro para nosotros. Los que iban a tirar eran los dos mejores de cada equipo: Dico y Dito. Todos guardamos mucho silencio. Don Landao arrugaba su gorra con ambas manos. Y Senira, con la que aún no me había reconciliado, se mordía el cabello. Dico fue hacia el balón. Pero antes de tirar, hizo algo que yo nunca había visto antes: se detuvo. Entonces el portero se lanzó hacia un lado y él tiró hacia el otro. ¡Fue un golazo!

Después fue el turno de Dito, que también se detuvo, Aceituna se lanzó hacia un lado y él tiró hacia el otro... Pero el

balón golpeó en el palo superior. Dito era bueno, pero nadie era igual a Dico. ¡Ganamos! ¡El 7 de Septiembre estaba en la final del campeonato! Parecía que estaba todo perfecto. Pero no: el otro equipo finalista era el Barón de la Noroeste, donde jugaba Malniño...



NOVIEMBRE

U nos días después de ese partido, llegó mi reporte parcial de calificaciones. Estaban muy bajas: había sacado 4,5 y el promedio en mi escuela era 6,0. Si quería aprobar el año tenía que sacar 6,8 en el último examen. Cuando papá vio el número rojo (insuficiente) se puso muy serio y me dijo:

–Estudiar es una cosa muy importante, hijo mío. No quiero que seas como yo.

–A mí me gustaría ser carpintero –respondí

–No estoy hablando de eso, es que... bueno, olvídalo... Lo que interesa es que

ese asunto del fútbol está perjudicando tus estudios, Zuza.

Tuve ganas de decirle: "No es el fútbol, papá; ya no quiero estudiar porque lo vi a usted y a la profesora Rosa cogidos de la mano en la casa de ella". Pero lo que le dije fue:

66

—Sí, papá, es el fútbol.

—Por eso, Zuza, de aquí en adelante no habrá más entrenamientos, tampoco partidos ni campeonatos —continuó.

Eso me dolió como cuando al equipo del que uno es fanático le hacen un gol en el último minuto. E incluso intenté argumentar:

—Pero, papá, tengo que entrenar, solo falta un partido para ganar el campeonato.

—¡Ya dije que no!

—Sin mí el equipo va a perder —dije, aun sabiendo que esa no era exactamente la verdad.

Pero él fue inflexible:

—No jugarás más fútbol hasta que pases de grado, Aziz.

No sé si ya les dije que mi nombre es Aziz. Si no, lo hago ahora: mi nombre es Aziz. Y papá solo me decía Aziz cuando estaba muy, pero muuuuuy enfadado.

En la tarde, cuando estaba haciendo mis tareas, oí el silbido de Dico llamándome para ir al entrenamiento. Eso me hizo dudar: ¿le desobedezco a papá o no?

Como siempre sucede cuando uno tiene dudas, comencé a conversar conmigo mismo. Una parte de mí, la parte Aziz, quería quedarse en casa estudiando. La otra parte, la parte Zuza, quería jugar fútbol. La conversación conmigo mismo fue más o menos así:

67

Aziz: —Creo que es mejor que no vayas.

Zuza: —Creo que es mejor que vayas.

Aziz: —Papá te ordenó que estudiaras.

Zuza: —Pero el fútbol es más entretenido.

Aziz: —Si vamos, nos va a dar unas palmadas.

Zuza: —Eso si es que se entera...

Aziz: —No se debe hacer nada a escondidas de los padres.

Zuza: —Pero papá va escondido a la casa de la profesora.

Aziz: —Mmmm... creo que me estás convenciendo.

Zuza: —Piénsalo bien, Aziz, si él puede hacer algo incorrecto, nosotros también.

Aziz: —Me convenciste totalmente.

Inmediatamente después mis dos mi-

tades estaban saltando por la ventana. Cuando llegamos, los otros nueve jugadores ya estaban entrenando. Fuera del campo de juego, don Landao gritaba y Senira y el señor Dondiño miraban con mucha atención.

68

Dico y yo entramos a la cancha y estaba todo espectacular. Pero, como decía mamá, lo bueno dura poco. De repente, justo después de perderme un gol, vi que papá venía caminando en mi dirección. Y venía con cara de estar muy enfadado. Me quedé sin saber qué hacer. Quería correr, pero no podía mover mis piernas. Papá cruzó el campo de juego y fue hasta donde yo estaba. El partido se detuvo y todos se colocaron a nuestro alrededor. Después de mirarme fijamente por unos cinco segundos (que, a propósito, me parecieron unas cinco horas), me dijo:

—¿No te dije que te quedaras estudiando?

—Sí...

—¿Y lo hiciste?

—No...

—¿Puedo saber por qué?

—Es que cuando Dico silbó no me pude resistir...

—Ah, ese Dico... siempre llevándote

por el mal camino.

Cuando escuchó eso, Dico agachó la cabeza. Y el señor Dondiño se enfadó de verdad:

—¿Qué quieres decir con eso, Isósceles?
—dijo el señor Dondiño.

—Eso que dije. Tu hijo se pone a llamar al mío para jugar al fútbol, por eso Zuza ha estado obteniendo calificaciones rojas en la escuela.

—Jugar no le hace mal a nadie.

—El fútbol no asegura el futuro, Dondiño.

—Ellos son pequeños, Isósceles.

—Pero si no se toman en serio la escuela, van a terminar como tú: centrodelantero de un equipito de tercera división.

Esa frase le dolió al señor Dondiño, que primero bajó la cabeza, después se pasó la mano por el mentón y entonces dijo, muy lento y serio:

—Centrodelantero de un equipito de tercera división es una profesión muy honesta, Isósceles.

Puede que haya sido impresión mía, pero creo que estaba casi llorando. Dico estaba tan molesto que me murmuró al oído:

—Tu papá es un estúpido.

69

-¡El tuyo sí que lo es! -le respondí.
 -¡El tuyo! -dijo.
 -¡El tuyo! -le dije.
 -¡El tuyo! -chilló.
 -¡El tuyo! -grité.
 -¡El tuyo!
 -¡¡El tuyo!!!
 -¡¡¡El tuyo!!!!
 -¡¡¡¡El tuyo!!!!!
 -¡¡¡¡¡El tuyo!!!!!!
 -¡¡¡¡¡¡El tuyo!!!!!!!

Entonces paramos de hablar y comenzamos a pelear de verdad. Al resto del equipo eso le pareció muy divertido; solo escuchábamos los gritos: "¡Vamos, Zuzal!". "¡Dale, Dico!". Pero don Landao y nuestros padres terminaron la pelea y nos separaron. Dico se fue a su casa con el señor Dondiño y yo me fui con papá. Mientras ellos nos llevaban a cada uno de la mano, cada uno por su lado, le grité a Dico:

-¡Ya no soy tu amigo!
 -¡Que suerte la mía! -me respondió
 -Nada de suerte... ¡mala suerte! -le dije.
 -¡Suerte!
 -¡Mala suerte!
 -¡Suerte!
 -¡¡Mala suerte!!

-¡¡¡Suerte!!!

-¡¡¡Mala suerte!!!

Y estuvimos gritándonos hasta que uno ya no podía escuchar al otro.

Estaba todo muy mal. No podía jugar más al fútbol, no soportaba mirar a la profesora, Senira me daba vuelta la cara y no me hablaba más con Dico. Peor aun, papá seguía saliendo todas las noches. Y yo sabía adónde iba. Entonces tuve una idea para terminar con esta historia: me iba a poner en el techo de la casa de la profesora e imitaría la voz de un alma en pena que le ordenara parar de hacer lo que había estado haciendo.

En la noche, cuando vi que él ya había salido, salté por la ventana y me fui corriendo a la casa de la profesora por otro camino. Salté el muro y muy despacito fui subiendo al tejado. En seguida, papá llegó. Esperé un momento y puse una voz bien ronca, tan ronca que incluso voy a escribirlo con otro tipo de letra:

"Isósceles... te habla un alma en pena, Isósceles".

Yo ya tenía planeado obligar a papá a no visitar a la profesora, y si hubiera tiempo,

a que dejara que ese chico tan simpático, Zuza, jugara fútbol con sus amigos. Pero no logré nada de eso, porque antes de que dijera cualquier cosa, el techo se rompió y caí en medio de la sala. Me levanté lo más rápido que pude. Cuando me puse de pie, vi que los dos estaban mirándome asustados. Permanecimos un tiempo allí, sin que nadie pudiera decir una sola palabra, hasta que dije:

—Lo sé todo.

—¿Ah, sí? —preguntó la profesora

—¡Sí! —dije con cara de enfado.

—Discúlpame, Zuza, estoy muy avergonzado, debería habértelo dicho —dijo papá— y es que no es fácil contarle a un hijo que uno es analfabeto. Cada vez que tú me pedías que te ayudara en tus tareas me sentía el hombre más bobo de la tierra... ¿Sabes? Nunca fui a la escuela, creo que por eso quiero tanto que tú estudies.

Eso me cogió por sorpresa. E hice lo que todo el mundo hace cuando se lleva una gran sorpresa: ¡nada! Me quedé parado, mudo, solamente escuchando hablar a papá.

—Pero ahora ya aprendí a leer y a escribir, Zuza. La profesora Rosa me lo enseñó todo. Y no fue nada fácil. Al comienzo no

sabía ni coger el lápiz, ella tuvo que coger mi mano gruesa y torpe para que pudiera dibujar las letras. Tu mamá también me está ayudando. No le había querido contar nada, pero después que se lo dije hasta me compró un cuaderno de caligrafía. Ya soy un crack. Mira nada más mi letra. Puedo incluso ayudarte con tus tareas —dijo.

En ese momento me mostró su cuaderno y estaba verdaderamente espectacular. Pero ahí no sé por qué, me dieron ganas de llorar y salí corriendo para mi casa, que es una buena cosa para hacer cuando no se sabe qué hacer.



DICIEMBRE

Fue mi papá quien me ayudó a estudiar para el examen final y estoy seguro de que, sin él, no habría aprobado el año. Saqué 6,9. ¡6,9! Más de lo que necesitaba. Cuando le mostré el reporte de calificaciones, se quedó un tiempo mirando el papel, pensando en no sé qué, y después me dijo:

—¡Ve a jugar fútbol!

Esa vez fui súper obediente y partí corriendo en ese mismo momento. Llegando al campo de juego le pregunté a don Lando:

—¿Hay lugar para mí?

Me miró de arriba a abajo y preguntó:
 –Estuviste un mes fuera del equipo, ¿y ahora quieres volver?

No sabía qué responder. Entonces me esmeré en poner cara de pobrecito, que de vez en cuando pongo y que aprendí mirando la manera en que los perros piden comida. Dio resultado.

–Claro que hay lugar para ti, Zuza. No necesitas poner esa cara, solo estaba bromeando. Ve a tu punta izquierda –ordenó don Landao. Y así lo hice. Ese día andaba muy obediente. A propósito, siempre es fácil obedecer cuando a uno le mandan a hacer lo que quiere hacer. Lo que no entiendo es por qué los adultos no hacen esto más seguido.

Un día, como llovía muy fuerte, estaba en casa leyendo una revista de cómics cuando escuché una tremenda explosión.

–¿Qué fue eso, mamá? –pregunté Y como mamá sabía todas las respuestas, me dijo:

–Creo que fue en el aeródromo.

Salí corriendo para allá. Ella incluso me gritó:

–¡Zuza, Zuza!

Pero mis piernas no la escucharon y seguí corriendo. Cuando llegué al aeródromo

había un montón de gente por el lado de afuera de la cerca. Mi mamá llegó en seguida. En medio de la pista había una cosa hecha pedazos que se estaba incendiando y que algunas personas intentaban apagar. Quise ir hasta allá para ver lo que era, pero mi mamá no me lo permitió. Solo colocó sus manos en mis hombros y me dijo:

–El Pájaro de Fuego se cayó.

Permanecimos ahí un buen tiempo. La lluvia seguía cayendo y de a poco las llamas se fueron extinguiendo. Ahora salía solamente humo del Pájaro de Fuego. Ahí fue cuando vimos que una de las personas que había apagado el incendio era don Landao. Por casualidad, caminó hacia donde yo estaba. Cuando notó mi presencia, me miró de una manera que nunca olvidaré. No necesitó decirme nada: entendí que el Aviator estaba muerto.

De cierta forma, algo en mí murió también allí. Nunca había muerto alguien que yo conociera. Y ahora sabía que un día eso sucedía. Y a todo el mundo. Abracé a mamá con todas mis fuerzas. De vuelta a casa, le pregunté:

–¿Por qué la gente tiene que morir?

Y fue la primera vez que le oí respon-

der:

—No sé.

Nos fuimos en silencio a casa. Al llegar, me preparó una papilla con chocolate, que sirvió en dos platos y que nos pusimos a comer en la cocina. Entonces aventuré otra pregunta:

78

—Si todo el mundo muere, ¿de qué sirve vivir?

Ella se quedó un tiempo pasando la cuchara por el plato y después me respondió:

—Creo que la vida es más o menos como esta papilla. Es una cosa muy buena, muy sabrosa, pero que sabemos que se nos va a acabar. Lo único que podemos hacer es aprovechar cada pedacito y compartirlo con quienes queremos.

Después sonrió como solo las madres saben hacerlo y me dio una cucharada de papilla. Entonces llené mi cuchara a más no poder y se la coloqué en su boca.

Fue papá quien fabricó el ataúd para el Aviador. Le pedí que lo hiciera con mucho esmero y él me dijo que lo haría lo mejor posible. Y quedó verdaderamente bonito, si es que un ataúd puede ser bonito.

En el velorio me senté al lado de papá,

que se sentó al lado del señor Dondiño, que se sentó al lado de Dico. Puse mucha atención. Si fuese un dibujo la oreja se me habría puesto enorme.

—Eeeeh... —comenzó papá.

—Pues eeeeh... —continuó el papá de Dico.

79

—Dondiño, discúlpame por las cosas que dije...

—Olvídalo, Isósceles. Uno dice muchas cosas cuando está nervioso.

—Tenías razón, los pequeños deben jugar.

—Pero tú no estabas equivocado: los niños tienen que estudiar.

—La vida es muy corta para perder el tiempo en tonterías, ¿o no, Dondiño?

—Muy corta, Isósceles.

Y los dos se dieron un apretón de manos.

El Aviador no tenía familia, por eso todo el mundo le daba el pésame a don Landao, que era su mejor amigo. En algún momento, fue cojeando hasta donde estábamos nosotros, sacó del bolsillo dos gafas de piloto, me dio unas a mí y otras a Dico. Ahí me di vuelta hacia Dico y le dije igual que papá:

—La vida es muy corta para que perda-

mos el tiempo en tonterías, ¿o no, Dico?

—Sí —respondió.

Entonces nos dimos la mano y le dije:

—Además que la final del campeonato es la semana entrante.

—¡Así es! —respondió—. ¿Vamos a entrenar mañana?

—Por mí que sea hoy mismo.

Les pedimos permiso a nuestros padres para irnos del velorio y ellos nos autorizaron. Pasamos por la casa de Dico a buscar la pelota y nos fuimos a la cancha. Practicamos una serie de pases altos (que a veces acertaba), tiros (que casi nunca acertaba) y cabezazos (que fallaba todos, porque siempre cabeceaba con los ojos cerrados). Después apareció el resto del equipo. Incluso Senira, que en un momento me preguntó:

—¿Cómo está tu amiga Carmencita?

—Ella no es mi amiga, porque no sabe jugar al fútbol —le respondí.

Dico y yo jugamos mal. Claro, no es fácil jugar con gafas de piloto.

Ese día nos quedamos jugando hasta la noche. Pusimos unas velas en los palos del arco y cada uno fue a buscar una lámpara a casa, que después colocamos a los lados de la cancha. Llegué a casa muy cansado

y con la ropa muy sucia, pero mamá no me regañó. Y, como tenía un hambre tremenda, me preparó otro plato de papilla de chocolate.

El 30 de diciembre fue la fecha de la gran final del campeonato. De los 32 equipos que comenzaron jugando, solo quedaban dos: el Siete de Septiembre y el Barón de la Noroeste.

Había un sol radiante. Nuestros uniformes lucían impecables y mucha gente fue a ver el partido, todos con ropa muy elegante. Algunas mujeres incluso fueron con sombrero. Papá, mamá y doña Celeste estaban en las tribunas, que estaban adornadas con banderas. El señor Dondiño se sentó en una banca a la orilla del campo de juego junto a don Landao. Carmencita fue con un vestido rojo, que era el color del uniforme del Barón, y Senira estaba de azul, que era el color del nuestro. Unos chicos se subieron a unos árboles para ver mejor. Incluso doña María Dolores, la Bruja de las Guayabas, fue a ver el partido.

Había también una banda que tocaba unas marchas muy alegres, pero lo que más me gustó estaba en una mesa, al lado del centro de la cancha. Era la copa Julio Ribeiro, que sería el premio para el cam-

peón. La cosa más linda que había visto. Toda dorada, con una mujer sosteniendo una especie de recipiente. Era algo que solo un gran héroe podía ganar. Pensaba en que debería haber sido hecha por un gran artista y que costaba una fortuna. En la fiesta había incluso unos altavoces a través de los cuales un locutor decía a cada momento: "La Copa Julio Ribeiro es una donación de la carnicería El Buey Negro, desde hace 25 años ofreciendo la mejor carne a toda la familia bauruense".

Estábamos haciendo el precalentamiento, tirando el balón para allá y para acá, cuando entró al campo de juego el equipo del Barón de la Noroeste. Sentí una cosa en la garganta. Se veían mucho más altos que nosotros. Malniño, ni se diga, parecía un monstruo. El entrenador de ellos era su papá, Maurão.

Cuando el señor Dondiño lo vio, dijo:

—Landao, ese fue el tipo que me fracturó la pierna en el entrenamiento del Atlético. Don Landao miró al papá de Malniño y respondió:

—¿Y quién crees tú que me arruinó la rodilla?

—¿Maurao? ¡Maurao!

¡Piiiiiii!, sonó el silbato del árbitro cuan-

do empezó el partido. Sentí que triunfaba helado. Nuestro equipo estaba nervioso, fallaba muchos pases, se tropezaba con el balón y hacía muchas tonterías. A la orilla de la cancha, don Landao gritaba:

—¡Chicos... ¿qué les sucede? ¡Yo soy el cojo, y ustedes juegan como si lo fueran!

H3

La suerte nuestra era tener a Aceituna como arquero, que no era muy ágil, pero ocupaba casi todo el arco. Las pelotas que no lograba atajar las enviaba al tiro de esquina.

Cuando venía un pase alto, no había problema porque Espagueti ganaba todas las jugadas por arriba. Y por abajo estaba Tom Mix, que siempre llegaba y golpeaba el balón con la punta del botín, de puntete. En la lateral derecha, Bala corría como siempre y por la izquierda Terciopelo jugaba con clase. O sea, nuestra defensa era una verdadera muralla. Pero hasta la Muralla China tiene sus agujeros.

Tanto es así que Malniño los eludió a todos e hizo el 1 a 0 para el Barón de la Noroeste.

Ellos celebraron mucho ese gol. Carmencita incluso le mandó un beso a Malniño. Esa vez no me dio rabia. Cuando miré a don Landao vi que se pasaba una

mano por la rodilla mala como si hubiese recibido otro golpe. Pero luego respiró hondo, levantó la cabeza, aplaudió y gritó:

—Vamos, chicos, ¡vamos a ganar este partido, que se puede!

84

Nuestro equipo estaba un poco triste, y yo me sentía un poco como ese día en que había escuchado por la radio en casa de Dico que Brasil había perdido con Uruguay. Cuando estaba pensando en eso, el árbitro hizo otro ¡píiiiiii! y terminó el primer tiempo. En el descanso, don Landao nos habló así:

—Oigan, chicos, ¿qué les sucede hoy? ¡Parece que andan con el pie más torcido que el mío! Yo creo que tienen miedo de perder, ¿no? Les voy a decir una cosa: no importa si perdemos, no se puede ganar siempre. Si ustedes pierden este partido no va a suceder nada de malo. Por eso en este segundo tiempo quiero verlos a todos divirtiéndose. El que se divierta haciendo tiros fuertes, que lo haga; al que le guste correr, que corra; al que le guste driblear, que driblee. Ese es el secreto: jugar al fútbol con gusto. El resto son tonterías.

Luego de que el árbitro hizo sonar el silbato para comenzar el segundo tiempo, se pudo ver que nuestro equipo jugaba

mucho mejor. Corríamos con más gusto, como si estuviéramos más livianos. Con me y Damián hacían paredes en la mitad del campo de juego y los engañaban a todos. Pata de Cabra luchaba cuerpo a cuerpo con los defensas, Tom Mix golpeaba la pelota de puntete y Dico hacía de todo: driblaba, pasaba, lanzaba, tiraba, cabeceaba, armaba y atacaba.

La diferencia entre Dico y nosotros los demás chicos era que a nosotros nos gustaba el fútbol, pero a él le encantaba. Si podía, jugaba todo el día. Y también había otra diferencia: mientras todos hacían las cosas que todos hacen, él hacía lo que ninguno hacía. Era como si fuese un mago de circo, lleno de trucos. Yo, que estaba por ahí a la orilla de la cancha, escuché que don Landao le decía al señor Dondiño:

—Dico juega con gusto —dijo don Landao.

—Él está enamorado de la pelota —respondió Dondiño.

—Y el balón de su hijo. Eso va a terminar en boda.

Fue entonces que después de hacerle un tremendo drible a Malniño, Dico me pasó la pelota y gritó:

—¡Crúzala, Zuza!

86 Mi objetivo era su cabeza, pero, como siempre, el balón me salió un poco largo y el balón iba bajando un poco más atrás de donde él estaba. Pero Dico hizo algo que nunca había visto antes: se puso de espaldas a la portería de los rivales, hizo una especie de pirueta en el aire y movió sus piernas como si estuviese andando en bicicleta. Y logró de chilenuita golpear el balón, que entró justo en un rincón del arco.

Miré a la tribuna y vi que mi familia y la de Dico se habían puesto de pie para aplaudir. Hasta doña Dolores estaba saltando de alegría. Pero durante el festejo, Malniño y Pata de Cabra empezaron a discutir. Malniño decía que Dico se había resbalado y que el gol había sido pura casualidad. Pata de Cabra le respondió que era un pedante porque había sido un tremendo gol, y que él nunca iba a hacer uno igual. Entonces comenzaron a empujarse y muy pronto los dos equipos se gritaban en la mitad del campo de la cancha.

Ahí fue cuando Aceituna, aun siendo gordito, salió corriendo desde atrás y le dio un tremendo cabezazo en la panza a Malniño. El árbitro no dudó y lo expulsó.

Como en ese tiempo en el fútbol no había cambio de jugadores durante los partidos, alguien iba a tener que ponerse en la portería, y el mejor era Dico.

Con nuestro crack jugando de portero y con uno menos en el campo de juego, empezó el bombardeo. Suerte la nuestra de que Dico era tan bueno en la portería como en el área, y hacía unas atajadas fantásticas. 87

El partido continuaba 1 a 1. Pero hacia el final, después de que Dico había atajado un balón, le grité:

—¡Tíramela, Dico!

Él hizo un tremendo lanzamiento. La pelota se elevó mucho y atravesó toda la cancha. Pude ver que venía exactamente hacia mi cabeza. “¿Y ahora qué hago?”, me pregunté. Y me respondí inmediatamente: “Lo que sea”. Estaba de espaldas al arco y de frente al balón, que iba bajando, bajando, bajando. Cerré bien los ojos e hice fuerzas para que el golpe no me doliera mucho.

Lo único que escuché fue un “toing” de la pelota rebotando en mi cabeza, después un “tchiiiiii” de algo tocando la red, el “eueeeeh” de toda la hinchada celebrando y el “ipiiiiiiiit!” del silbato del árbitro dan-

do por terminado el partido.

Fue el gol más importante de mi vida.
Lástima que no lo haya visto.

88 Cuando abrí los ojos, había una tremenda fiesta: todo el mundo festejaba. Cosme y Damián se abrazaban. Bala corría de un lado para otro como loco. Terciopelo bailaba de felicidad. Tom Mix se colgaba de Espagueti. Pata de Cabra le sacaba la lengua a los rivales. Arigató miraba al cielo y agradecía. Don Landao saltaba en un pie, la gente de la tribuna aplaudía y Senira, que estaba linda, bajó para felicitarme.

—Felicitaciones, fue un golazo —me dijo. Yo tragué saliva, respiré hondo y le respondí:

*No se puede negar,
es usted la más bella del mundo,
y también de toda la escuela.
Si usted llega a aceptar
ser mi novia por un segundo
para siempre le voy a dar
helado, cariño y... pelota.*

Ella puso cara de espanto y no pudo decir nada. Permanecimos ahí, mirándonos el uno al otro y parecía que el tiempo se había detenido. Hasta que le pregunté:

—¿Qué crees que soy peor: poeta o futbolista?

—Creo que empatas, eres excelente para las dos cosas.

Entonces cerró los ojos y estuvo a punto de darme un beso, pero inmediatamente después se me vino un montón de gente encima. Me apretaron, me abrazaron y todo el equipo me llevó en andas. Vi a mis padres contentos y sonriendo. Vi a la profesora Rosa y a doña Celeste secándose las lágrimas. Vi a la Bruja de las Guayabas aplaudiendo. Vi a Senira sonriendo y mandándome un beso con la mano. Vi a Dico sosteniendo la copa y siendo llevado bien alto por el señor Dondiño. Mientras estábamos ahí, en los hombros de la gente y más altos que los demás, le grité:

—¡La vida es como una papilla de chocolate!

No sé si entendió lo que quise decir, pero se pasó la lengua por la boca y largó una tremenda risotada.

Después de ese partido ocurrió lo inevitable: todos crecimos. Cada uno se fue por su lado e hizo su propia vida.

Accituna se convirtió en masajista y engordó tanto que en 1974, fue elegido Rey Feo del Carnaval de Baurú.

Bala se fue a trabajar a la Empresa de Correos y se convirtió en el cartero más rápido de la ciudad.

Espagueti abrió un restaurante italiano y también engordó mucho. Como quedó un poco redondito, actualmente todos le dicen Ñoqui.

Tom Mix, con su estilo rudo, se convirtió en policía.

Terciopelo se transformó en el sastre más elegante de la ciudad, pues él siempre fue un tipo con mucha clase.

Los hermanos Cosme y Damián formaron un dúo de música que tuvo cierto éxito.

Arigato abrió una granja y le fue muy bien en la vida. Cuentan que dice arigató ("gracias") cada vez que una gallina pone un huevo.

Pata de Cabra se volvió un poco loco y fue a dar a un hospicio; y después de un tiempo huyó. Y hoy es un político.

Dico siguió jugando fútbol. Solo que le cambiaron el apodo, que pasó a ser Pelé. Se fue a jugar al Santos, hizo más de mil goles y terminó siendo el mejor futbolista de todos los tiempos.

Yo me casé con Senira y soy dueño de una fábrica de calendarios. Hoy soy una

persona común, con una historia común. Pero tal vez ninguna historia y ninguna persona sean realmente comunes: ni Aceituna, ni Bala, ni Tom Mix, ni Espagueti, ni Terciopelo, ni Cosme y Damián, ni Arigató, ni Pata de Cabra, ni yo... ni Pelé, quien, a propósito, para mí siempre será mi amigo Dico.